Ralph Miliband

El nuevo revisionismo en Gran Bretaña

Desde fines de los años setenta, y particularmente desde que el gobierno Thatcher asumió el poder en mayo de 1979, la izquierda ha producido una vasta cantidad de escritos que pretenden explicar los problemas que han afligido al Partido Laborista y al movimiento laboral en su conjunto.* La búsqueda de explicaciones —y de remedios— se ha tornado más intensa que nunca a partir de la segunda victoria electoral de los conservadores en junio de 1983, lo que no es de sorprender ya que fue un gobierno excepcionalmente reaccionario el que se vio reelecto; y ello a pesar del desempleo masivo, la erosión de los servicios bienestaristas y colectivos y la incapacidad manifiesta no sólo para revertir la declinación económica británica, sino incluso para detenerla. Está claro que los presentes son tiempos muy duros para toda la izquierda, y es muy natural —y muy deseable— que tiempos así produzcan un intenso pensar y repensar en torno a lo que está mal, y lo que se puede hacer al respecto. Sin embargo, mi argumento en este artículo será que las tendencias que han predominado en los escritos de la izquierda de los últimos años no ofrecen soluciones socialistas a los problemas que enfrenta; constituyen —para utilizar la frase de John Westergaard—¹ un "nuevo revisionismo"; y este nuevo revisionismo significa un retroceso muy pronunciado respecto de algunas posiciones socialistas fundamentales. Lejos de ofrecer una salida a la crisis, el nuevo revisionismo es una manifestación más de la crisis, y contribuye no poco al malestar, la confusión, la pérdida de confianza e incluso la desesperanza que tan dañinamente han afectado a la izquierda en años recientes. Desde luego, el fenómeno no se ha confinado a la Gran Bretaña y ha asumido formas mucho más virulentas y destructivas en otros países, muy particularmente en Francia, donde no ha constituido un "nuevo revisionismo" sino un retroceso radical hacia la histeria anticomunista y el oscurantismo, tanto religioso como secular. Nada de esto ha sucedido

1* Agradezco a Robin Blackburn y Marion Kozak algunos comentarios muy útiles sobre este artículo

John Westergaard, "Class of '84", *New Socialist*, n. 15, enero-febrero de 1984.

en la Gran Bretaña, y debemos sentirnos realmente agradecidos; en todo caso, no ha sucedido en el caso de las personas de cuyos trabajos me ocuparé enseguida.

Me he referido a "tendencias". Por ello quiero denotar un *espectro de pensamiento* en el que se pueden hallar muchas posiciones y énfasis diferentes, sostenidos por personas que pertenecen a diferentes generaciones, tradiciones, partidos y movimientos, y que no necesariamente concuerdan entre sí en muchas cuestiones importantes; y es precisamente esta diversidad la que ha contribuido a oscurecer el grado en que estas personas trabajan en el seno de un espectro de pensamiento identificable. Cuando leo a Eric Hobsbawm, Stuart Hall, Bob Rowthorn, Beatrix Campbell, Raphael Samuel, Gareth Stedman Jones, Chantal Mouffe, Ernesto Laclau, Paul Hirst, Barry Hindess y otros, en revistas como *Marxism Today*, *New Socialist*, *New Statesman* y otras publicaciones, noto grandes diferencias entre ellos, pero también encuentro marcadas similitudes de enfoque, de disposición y de interés, así como —lo que no es menos importante— ciertos repudios en común.

La segunda oleada

Este nuevo revisionismo constituye la segunda oleada que ocurre en Gran Bretaña desde la segunda guerra mundial. La primera oleada, que apareció en los años cincuenta y alcanzó su clímax con el intento de Hugh Gaitsirell de remodelar el Partido Laborista hacia la derecha, sacó fuerza de las derrotas electorales del laborismo en 1951, 1955 y 1959, pero no fue causado por ellas. La verdadera causa fue la determinación de los dirigentes del Partido Laborista (y los dirigentes sindicales) de librar al partido de sus compromisos socialistas y amacizar el predominio de la derecha sobre la izquierda. Las derrotas electorales sólo vinieron a reforzar la creencia de la dirigencia laborista de que tales compromisos significaban un estorbo intolerable en términos ideológicos, políticos y electorales.

El revisionismo del tiempo presente es un asunto muy distinto, en su proveniencia, su personal y sus propósitos. Para la mayoría de las personas a que aludo, las nuevas derrotas electorales del Partido Laborista han sido sólo la ocasión de interrogarse angustiadamente por las razones de la declinación del apoyo al laborismo en la clase obrera; y esta interrogación es a su vez parte de un cuestionamiento mucho más amplio de la teoría marxista y las propuestas y prácticas socialistas. En este renglón, el nuevo

revisiónismo británico se vincula con un fenómeno internacional que abrevia de muchas fuentes diferentes: la experiencia del "socialismo realmente existente", Checoslovaquia y Afganistán, el derrumbe de las ilusiones maoístas, Cambodia y las amargas consecuencias de la victoria en Vietnam, las marchitas esperanzas eurocomunistas, el surgimiento de "nuevos movimientos sociales" nacidos de la insatisfacción con las limitaciones de los tradicionales movimientos y partidos laboristas y socialistas, un decreimiento creciente en la capacidad de la clase obrera para ser el agente de un cambio social radical, y la consiguiente "crisis del marxismo". En el caso específico de Gran Bretaña, hay que añadir lo que para muchos ha sido el trauma del "thatcherismo" y, lo que es aún más traumático, su habilidad para ganar elecciones.

Los que forman parte del nuevo revisionismo no son social-demócratas de derecha. Algunos de ellos, como Eric Hobsbawm y Bob Rowthorn, son miembros del Partido Comunista, y lo han sido durante muchos años. Otros, como Stuart Hall y Raphael Samuel, son miembros fundadores de la Nueva Izquierda de los cincuenta: ambos han estado y siguen estando fuertemente comprometidos con un cambio radical. Algunos otros se sitúan en diversas partes de los movimientos laboral, feminista y pacifista, o en los tres. Muchos conservan afinidades con una u otra variante del marxismo. Ninguno de ellos ha abjurado del socialismo: por el contrario, creen que contribuyen a su advenimiento con las preguntas que hacen, las dudas que expresan, las críticas que formulan y las direcciones que toman.

Entonces, ¿por qué hablo de un retroceso respecto de las posiciones socialistas? A fin de responder esta pregunta, me ocuparé una por una de cuatro cuestiones íntimamente relacionadas que son de importancia crucial para el movimiento laboral y que también tienen un carácter central en el espectro de pensamiento que me propongo examinar: el sentido y significado de la "política de clase"; la cuestión del Estado; la estrategia socialista y el Partido Laborista; y algunos temas vinculados con la defensa y la política exterior. Quiero señalar, antes de comenzar, que el nuevo revisionismo ya ha provocado una oposición considerable. La *Marx Memorial Lecture* de Eric Hobsbawm de septiembre de 1978 —"The Forward March of Labour Halted", publicada por primera vez en *Marxism Today*— produjo una buena cantidad de comentario crítico en las siguientes entregas de esa revista, por parte de comunistas y otros.² A partir de entonces se ha manifestado una oposición a los nuevos escritos revisionistas en revistas de la

² La conferencia y los comentarios se compilaron después en E. J. Hobsbawm et al., *The Forward March of Labour Halted?*, Verso/NLB, Londres, 1981.

izquierda laborista tales como *Labour Herald* y *London Labour Briefing*, así como por parte de figuras de la izquierda laborista como Tony Benn y Eric Heffer y de revistas trotskistas como *Socialist Worker* y *Socialist Action*. Pero la resistencia principal ha provenido del interior del Partido Comunista, en particular por parte del muy tradicionalista *Morning Star*, así como de algunos miembros del partido.³ El presente artículo se ha beneficiado considerablemente de lo que se ha dicho en estos sectores sobre el nuevo revisionismo; sin embargo, expondré argumentos que difieren —muy agudamente en ciertos casos— de los puntos de vista expresados por otros hasta ahora.

LA POLÍTICA DE CLASE

La "política de clase" se ha convertido en la abreviatura de mucho de lo que el nuevo revisionismo repudia enérgicamente: ante todo, ha llegado a significar la insistencia en la "primacía" de la clase obrera organizada en el desafío al poder capitalista y en la tarea de crear un orden social radicalmente diferente.

El repudio de esta noción de "primacía" proviene de muchas objeciones diferentes: que la clase obrera, en todos los países capitalistas, se ha negado a desempeñar el papel revolucionario que le asignaron Marx y marxistas posteriores, y no da indicación alguna de querer desempeñarlo; que, por el contrario, los objetivos de los trabajadores organizados (los cuales desde luego constituyen sólo una minoría de la clase obrera) siempre han sido y siguen siendo muy limitados, "economicistas", partidistas y corporativos y que, por ende, los trabajadores organizados y los instrumentos que se supone los representan —sindicatos y partidos— no abarcan las necesidades y aspiraciones de todos los grupos explotados y oprimidos de la sociedad, y por tanto la clase obrera no es la "clase universal" cuya propia liberación significará la liberación de todos esos grupos; que la pretensión de "universalidad", además de ser espuria, abre las puertas a la perpetuación de la dominación, por el hecho de rechazar el "pluralismo" que está o debe de estar en el núcleo mismo del proyecto socialista; que la "clase obrera", en el sentido marxista tradicional, de todas maneras está desapareciendo rápidamente en los países capitalistas avanzados, como resultado de nuevos desarrollos tecnológicos que se combinan con la división internacional del trabajo; y que los "nuevos movimientos sociales", basados en raza, etnia, sexo, preferencia sexual, intereses

³ Véase B. Fine, L. Harris, M. Mayo, A. Weir, E. Wilson, *Class Politics*, Londres, 1984, y A. Weir y E. Wilson, "The British Women's Movement", *New Left Review*, n. 148, noviembre-diciembre de 1984.

ecológicos y la lucha por la paz, significan por lo menos un desafío tan grande y radical —de hecho mayor y más radical— al orden social existente como la clase obrera organizada. No todos aquellos que forman parte del espectro de pensamiento que abarca al nuevo revisionismo necesariamente sustentan todas estas posiciones; pero la mayoría sustenta algunas de ellas. El tiempo puede estar o no estar maduro para decir "adiós al proletariado", de conformidad con André Gorz,⁴ pero, en la perspectiva del nuevo revisionismo, el tiempo ciertamente está maduro ya para decir adiós a la "primacía" de la clase obrera, dado que tal noción es arcaica, errónea y peligrosa, y remplazarla con un modelo de lucha basado en la diversidad de intereses, preocupaciones y "discursos" que emanan de una multitud de estratos sociales, grupos y movimientos, sin presunción ni pretensión jerárquica, en un patrón de alianzas en cambio constante.

Sería muy necio decir que en todo esto no hay muchas aportaciones importantes, muchas correcciones y críticas muy necesarias de las tradicionales y complacientes nociones socialistas, como también negar que muchas cuestiones suscitadas por el nuevo revisionismo deban enfrentarse con suma seriedad por parte de todo aquel que se interese en el avance del socialismo. Pero esto no debe permitir que se oculte todo aquello que es fundamentalmente erróneo en lo que el nuevo revisionismo dice o implica a propósito del papel de la clase obrera organizada en el desafío al poder capitalista.

La recomposición de la clase obrera

Es absolutamente cierto que en años recientes la clase obrera ha experimentado un acelerado proceso de recomposición, con un declive de los sectores industriales tradicionales y un considerable crecimiento adicional de los sectores de cuello blanco, distribución, servicio y técnico. No hay nada particularmente nuevo en este fenómeno; de una u otra forma, esto ha sucedido siempre en la historia del capitalismo, y muy particularmente en el siglo XX, a través de la verdaderamente dramática desaparición de los trabajadores de la tierra en tanto que amplio componente de la clase trabajadora. En todo caso, la recomposición de la clase obrera no es sinónimo de su desaparición como clase. Por el contrario, es muy razonable argumentar que ha habido un aumento

4 A. Gorz, *Farewell to the Forking Class*, Londres, 1982, ha sido un influyente texto "revisionista" en muchos países, y parece haber tenido un marcado impacto en la corriente de pensamiento de que me ocupo.

en el número de asalariados ubicados en los niveles subordinados del proceso productivo y que éstos, con sus personas dependientes, constituyen la clase obrera de los países capitalistas avanzados y conforman de lejos la mayor parte de sus poblaciones.

La clase trabajadora no es idéntica a aquella de hace cien, o cincuenta, o incluso veinticinco años. Pero en lo que atañe a su ubicación en el proceso productivo, su poder y responsabilidad muy limitados o inexistentes, su dependencia casi total de la venta de su fuerza de trabajo para obtener un ingreso, y el nivel de este ingreso, es tan "clase trabajadora" como sus predecesoras. Y lo mismo se aplica a esa parte de la población que conforman los trabajadores desempleados y otros que no son parte del proceso productivo y dependen por completo o principalmente del seguro de desempleo. Asimismo, hay que notar que la clase obrera "tradicional" está muy lejos aún de desaparecer de la escena. En otras palabras, es muy prematuro decir adiós a la clase obrera.

Por lo demás, no hay ninguna buena razón para suponer que la clase trabajadora recompuesta sea menos capaz de desarrollar los compromisos y la "conciencia de clase" que los socialistas siempre han tenido la esperanza de ver surgir. La siempre recurrente noción de que la clase obrera contemporánea se ha finalmente integrado al capitalismo, o de que se ha reconciliado irrevocablemente con él, o de que se ha disgregado irreversiblemente en elementos divididos y conflictivos, es tan carente de fundamentos hoy como ayer.

Los nuevos movimientos sociales

Es también pertinente hacer notar que la clase trabajadora incluye grandes números de gente que son también miembros de los "nuevos movimientos sociales", o son parte de los grupos en los que estos movimientos desean influir; y su membrecía de la clase obrera constituye un elemento de suma importancia en su identidad social. Decir esto no es caer en el "reduccionismo de clase" que tan fácilmente achaca el nuevo revisionismo a Marx. Más bien es un caso de lo que podría llamarse "relacionismo de clase", la insistencia de que la clase es un factor crítico y decisivo del "ser social".

Este punto exige que abundemos. Es posible que las mujeres trabajadoras, o los obreros negros, o los trabajadores homosexuales, sientan en su ser más interno que es

como mujer o negros u homosexuales que se definen a sí mismos, y que es como tales que experimentan la explotación, la discriminación y la opresión. Sin embargo, el hecho de que sientan que es así, si bien es un asunto de la mayor importancia, no por ello implica que se trata de una representación fidedigna de la realidad. Dicha realidad, que incluye la explotación, la discriminación y la opresión a que se ven sujetos los negros, los homosexuales y las mujeres, es conformada de manera crucial por el hecho de que son trabajadores, ubicados en un punto particular del proceso productivo y de la estructura social. Los negros, los gays y las mujeres de clase alta pueden también experimentar la discriminación y opresión; pero la experimentan de manera distinta. Una trabajadora blanca experimenta sobreexplotación y opresión; y una trabajadora negra las experimenta de tres maneras: como negra, como mujer y como trabajadora; y estas opresiones múltiples se combinan, desde luego. Oponer sexo y clase, hacer de sexo o raza o cualquier cosa *el* criterio que define el "ser social", e ignorar o minimizar el hecho de clase, significa contribuir a ahondar las divisiones que están presentes en la clase trabajadora.

El seccionalismo, el sexismo y el racismo existen. Sin embargo, no está de más recordar que en muchas ocasiones han sido parcialmente superados en el curso de la Lucha; que los trabajadores en diferentes inserciones ocupacionales, hombre y mujer, negro y blanco, han luchado a veces solidariamente contra un enemigo común; e incluso que millones de trabajadores, pese a todas sus divisiones y divergencias, se han vinculado entre sí, así sea tenuemente, gracias a su apoyo común a partidos cuyo hincapié no estribaba en divisiones seccionales u otras sino en la solidaridad de clase y el propósito mancomunado; y que no existe conflicto inherente que deba separar para siempre a un trabajador de otro.

Nada de esto alcanza para borrar la discriminación y opresión que a diario los trabajadores practican contra los trabajadores, pero de todas maneras es importante que los socialistas no hagan de esto una barrera insuperable, de forma que lo más que pueda esperarse es que se forjen alianzas pasajeras y llenas de sospechas mutuas entre socios naturalmente antagónicos. No sólo es más deseable, sino más razonable, enfatizar la necesidad de reconciliar las diferencias, así como el grado en que éstas, aunque reales, son parte de un contexto dado. En *Wigan Pier Revisited*, Beatrix Campbell nos dice que emprendió su viaje "como el tipo de feminista que decía: no son los hombres, es el sistema' ", pero que su viaje la convenció de que "los hombres y la masculinidad, en sus manifestaciones cotidianas e individuales, constituyen un bloque sistemático de

resistencia a las mujeres de su propia comunidad y clase. Son culpables tanto los individuos varones cuanto los movimientos que los hombres han formado dentro de la clase obrera".⁵ No cabe duda de que "el sistema" no puede explicarlo todo, no digamos excusarlo todo. Pero de nada sirve, al menos en términos socialistas, lanzar este veredicto general y sin excepciones de culpa colectiva de los "hombres".

Aquí es pertinente la experiencia de la huelga de los mineros, o más bien la experiencia de las mujeres en la huelga. En su capítulo sobre los mineros epítomes de "masculinidad" según ella—, Beatrix Campbell alude al "culto de la masculinidad en el trabajo y el juego y la política" que "prospera tan sólo en las exclusivas masonerías de los hombres, con sus códigos secretos que hacen de las mujeres *inmigrantes en sus propias comunidades*".⁶ Y sin embargo, al mismo tiempo que se publicaba el libro de Campbell, esas supuestas inmigrantes en sus propias comunidades estaban organizando sus magníficos grupos de apoyo y se paraban hombro con hombro con los mineros en los piquetes de huelga; y no parecía existir un "bloque sistemático de resistencia" de los mineros hacia lo que estaban haciendo las mujeres: por el contrario. Asimismo —y al riesgo de ser objeto de mucho ridículo— vale la pena señalar que el muy denostado y despreciado movimiento sindical no ha sido del todo inconsciente de las deformaciones que lo merman. El sexismo, el racismo, la discriminación y el seccionalismo son hechos reales en el movimiento obrero, pero por lo general (no siempre) se reconocen como deformaciones, contrarias a lo que se proclama como los valores y propósitos del movimiento. Es cierto, por supuesto, que los reconocimientos y las proclamas no bastan, y que lo que importa es la práctica. En este aspecto, hay mucho camino por hacer. Sin embargo, sería realmente caer en una "metafísica, obrera" el creer que un movimiento que tradicionalmente ha sido dominado por la clase obrera blanca masculina, procreado en un contexto capitalista competitivo, en un país con una larga historia imperialista, y sujeto a las constricciones y deformaciones producidas por tal contexto y tal historia, podría dar un gran salto a un reino práctico y teórico en el que se hubieran eliminado todos los defectos que lo aquejan. No se trata de pasar por alto estos defectos, sino de luchar contra ellos con la convicción de que son remediables y de que no hay ningún obstáculo insuperable en el llevar la práctica más cerca de lo que se proclama.

5 B. Campbell, *Wigan Pier Revisited*, Londres, 1984, p. 5. [El título alude al libro-reportaje que en 1937 hizo George Orwell sobre el desempleo masivo en las áreas mineras de Lancashire y Yorkshire: *The Road to Wigan Pier*. T.]

6 *Ibid.*, p. 98. Cursivas añadidas.

Una historia de luchas

Si bien éstas pueden ser cuestiones debatibles, a primera vista no parece haber nada debatible en la observación de que la clase obrera se ha negado consistentemente a desempeñar el papel revolucionario que le asignó Marx: después de todo, la evidencia histórica muestra que en ningún país capitalista avanzado ha hecho la revolución la clase obrera.

Un examen más riguroso de la cuestión, sin embargo, muestra que quizá la evidencia no es tan clara. La afirmación tajante de que la clase obrera nunca ha desempeñado, y nunca ha querido desempeñar, un papel revolucionario ignora el hecho de que vastos números de trabajadores, de un extremo de Europa al otro, con frecuencia han desplegado en el siglo XX un activismo militante que tenía claras intenciones revolucionarias o por lo menos fuertes connotaciones revolucionarias: en Rusia en 1917, en Europa oriental, Austria, Alemania e Italia en los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial, en España en los treinta. Tampoco ese activismo militante, aunque en formas menos dramáticas, ha estado ausente en la clase obrera de Gran Bretaña o Francia o Estados Unidos. Por lo demás, esa afirmación tajante ignora el hecho de que la resistencia a la ocupación nazi en toda Europa, durante la segunda guerra mundial, y particularmente en Francia, Italia, Grecia y Yugoslavia — manifestación dramática de lucha armada a escala europea—, fue obra sobre todo del movimiento obrero, impelido no sólo por la voluntad de liberación nacional sino también, y no menos, por la voluntad de una renovación social completa y revolucionaria. También viene al caso mencionar que millones de obreros en los países capitalistas avanzados han apoyado, desde la segunda guerra mundial, a partidos que se comprometían con llevar a cabo tal renovación. Y ha habido ocasiones en los años de posguerra —en Italia, Francia, Portugal, Grecia, Gran Bretaña— en que grandes cantidades de obreros han desplegado el mismo tipo de activismo militante que los obreros demostraron en periodos anteriores. Esto no significa sugerir que el "modelo" de Marx de la revolución era el correcto: es simplemente introducir un correctivo necesario en una versión histórica que sistemáticamente subestima la intensidad y el alcance de la lucha de clases en que los trabajadores han estado enfrascados.

Sin embargo, existe también una razón muy diferente para afirmar que la clase obrera ha jugado un papel más "revolucionario", en los países de capitalismo avanzado, que el

que comúnmente se le reconoce. Se trata del papel crucial, que nunca ha recibido el reconocimiento que merece, desempeñado por la clase trabajadora en la consecución de las reformas que han marcado la historia del capitalismo. El hecho de que "las relaciones de producción", y para el caso las relaciones de vida, sean menos opresivas para la mayoría de los obreros de lo que lo eran hace cien o incluso cincuenta años, en gran medida se debe a la lucha de clase y a la presión desde abajo ejercida sobre los patrones y el Estado, así como al impacto directo e indirecto que la clase obrera, a través de sus instrumentos representativos, ha tenido sobre el sistema político de estos países. Esto no ha significado la toma de Palacios de Invierno, y ciertamente no ha deparado la transformación revolucionaria de las sociedades capitalistas. Pero ha sido mucho más significativo en su alcance y resultados de lo que transmiten etiquetas como "economicista", "corporativo" y demás.

Los avances logrados no han puesto fin a la explotación y opresión, y menos que ninguna a la de las mujeres y las étnicas. Es preciso señalarlo, pero el hacerlo no debe ocultar los beneficios que han significado muchos de estos Mires, ni el grado en que han servido para aumentar las expectativas y promover más demandas y avances. Quizás sea correcto descartar la noción de la clase obrera como clase "universal"; pero el hecho es que la clase obrera organizada, en muchas de las demandas que levanta y muchas de las luchas en que está enfrascada, no está peleando tan sólo por sus objetivos inmediatos, "economicistas" y "corporativos", sino por toda la clase trabajadora y muchos individuos ajenos a ella; y sus luchas abarcan muchos de los objetivos de los "nuevos movimientos sociales" y podrían llegar a abarcarlos más plena y eficazmente.⁷

Las razones de decir esto nada tienen que ver con una idealización sentimental de la clase obrera, o con atribuirle un papel privilegiado arbitrario, con el que sueñan los empresarios intelectuales pero que la propia clase obrera rechaza. Se trata más bien de que la clase obrera, masculina y femenina, negra y blanca, empleada y desempleada, joven y vieja, es la que experimenta más agudamente (aunque desigualmente) las contradicciones, constricciones y opresiones del capitalismo; y que esto produce en la clase obrera demandas que nacen de necesidades sentidas. Los marxistas han tendido a exagerar el grado al cual el "ser social" debe producir una conciencia de clase y

⁷ Así, Raphael Samuel señala: "Las cuestiones suscitadas por la huelga (mineral no son cuestiones seccionales. Tienen que ver con la política energética, la ubicación del empleo, la democracia industrial, la responsabilidad gubernamental, el valor adjudicado a la continuidad y la pertenencia, la ética de trabajo, el empobrecimiento regional, el desempleo juvenil, los derechos locales —y los estándares ambiguos y desiguales que permean nuestra vida pública". R. Samuel, "A Plan for Disaster", *New Society*, 7 de marzo de 1985, p. 368.

socialista en la clase obrera. Muchos de los nuevos escritos revisionistas, sin embargo, van directamente al otro extremo: al denunciar el vicio del determinismo económico o mecánico, sucumben al vicio de una completa indeterminación. Esto lleva en dirección al subjetivismo, para el cual las nociones de clase, estructura e incluso sociedad dejan de considerarse como instrumental adecuado para el análisis. En esta perspectiva, la ideología se convierte en un supermercado en que diversas elaboraciones o discursos ideológicos se encuentran libremente disponibles, uno (o algunos) de los cuales la clase obrera (suponiendo que tal cosa exista) habrá de elegir, más o menos según su voluntad, y sin mucha (o ninguna) referencia al "ser social". De hecho, el "ser social", en esta perspectiva, virtualmente desaparece del todo. En contra de todo esto, es preciso enfatizar que no hay nada "metafísico", "teleológico", "mecanicista", "economicista", "reduccionista de clase" —o cualquier otro pecado que el nuevo revisionismo achaque a los marxistas— en la creencia de que las múltiples enajenaciones engendradas por el capitalismo en la clase trabajadora deben producir presión, desafío, lucha, conflicto, y también una disponibilidad, para no decir más, para las ideas de cambio y renovación radical; e incluso, o sea decir, para las ideas socialistas.

Pues después de todo es esto precisamente lo que ha sucedido en los cien años desde la muerte de Marx, para no remontarnos más. No la revolución, no un levantamiento de masas, sino la creación de una densa red de instituciones —partidos, sindicatos, cooperativas, una prensa laborista y socialista, asociaciones y grupos de todo género— que constituyen un mundo de la clase trabajadora, y cuyo propósito es presionar, desafiar, luchar y renovar. La creación de este mundo de la clase trabajadora no ha sido un proceso sencillo, y su historia es tanto de derrotas, retrocesos y traiciones como de éxitos; y sus defectos, desde una perspectiva socialista, son fácilmente observables. Pero el proceso ha continuado año tras año y década tras década; y seguirá, mientras dure el capitalismo. En realidad, tendrá que continuar aun mucho tiempo después. Se le podrá desviar, dividir, incluso detener temporalmente y aplastarlo. Aun así, empieza de nuevo, y sigue esforzándose, por la simple razón de que la presión y el desafío son gemelos siameses de la explotación y opresión.

En vista de todo esto, la "primacía" del movimiento obrero organizado en la lucha deriva del hecho de que ningún otro grupo, movimiento o fuerza en la sociedad capitalista es remotamente capaz de levantar un desafío tan eficaz y poderoso contra las estructuras existentes de poder y privilegio. De ninguna manera quiere esto decir que los movimientos de mujeres, negros, pacifistas, ecologistas, homosexuales y otros no sean

importantes, o no puedan tener efecto, o que deban renunciar a su identidad aparte. De ninguna manera. Sólo significa que el principal (no el único) sepulturero del capitalismo sigue siendo la clase obrera organizada. Ésta es el necesario, indispensable "instrumento de cambio histórico". Y si, como se dice constantemente, la clase obrera organizada se rehúsa a encargarse de la tarea, entonces la tarea no se hará; y la sociedad capitalista pervivirá, generación tras generación, como un sistema social lleno de conflictos, crecientemente autoritario y embrutecedor, emponzoñado por su incapacidad para hacer uso humano y racional de los inmensos recursos que el propio capitalismo ha producido —a menos, desde luego, que el mundo se vea arrastrado a una guerra nuclear. Nada ha sucedido en el mundo del capitalismo avanzado y en el mundo de la clase trabajadora que autorice una visión tal del futuro.

EL ESTADO

Uno de los temas que figura prominentemente en los textos del nuevo revisionismo es el Estado, tema sobre el cual Stuart Hall, en noviembre de 1984, declaró que era "central en la estrategia de renovación del proyecto socialista", detectando, asimismo, "una considerable confusión entre socialistas" a su respecto.⁸ Según parece, la confusión se debe al hecho de que los socialistas aborrecen del Estado a un nivel, y sin embargo dependen grandemente de él en otro nivel. Esto, no obstante, no me parece a mí materia de confusión, sino de una inevitable tensión en el pensamiento y la práctica socialistas, debida al hecho de que los socialistas efectivamente persiguen la subordinación del Estado a la sociedad, pero requieren del Estado en la lucha por reformas dentro del capitalismo, y también requerirán de él (aun si es un Estado diferente) para defender y mantener un régimen poscapitalista.

A Stuart Hall le parece que el uso del Estado para propósitos de reforma ha significado un cambio en su naturaleza. "Todavía hablamos del 'Estado capitalista'. Pero de hecho ya no nos comportamos como si tuviera un carácter de clase único, monolítico. La izquierda, pese a su retórica, tiene también su parte del Estado: el Estado bienestarista que distribuye beneficios a los necesitados; atiende las necesidades de la sociedad; redistribuye recursos a los menos favorecidos; proporciona servicios y

⁸ Stuart Hall, "The State-Socialism's Old Caretaker", *Marxism Today*, noviembre de 1984, p. 24. Véase también, como ejemplos del nuevo pensamiento revisionista sobre el Estado, D. Held y J. Keane, "In a Fit State", *New Socialist*, marzo-abril de 1984, y G. Hodgson, "Overstating-the State", *Marxism Today*, junio de 1984.

comodidades; y todo sobre una base universalista, no conforme a los términos mercantiles de la 'capacidad de pago'.⁹ Éste es un caso notable de concepción equivocada del significado de las medidas bienestaristas de que se hace cargo el Estado. Tales medidas en cierta medida afectan las formas como la explotación y la dominación se experimentan, pero no destruyen ni amenazan el sistema cuya esencia son, precisamente, la explotación y la dominación. Lo que hace el Estado en esa área constituye una respuesta a las incitaciones y presiones ante las cuales él es el único ente facultado para actuar, y ante las cuales actúa con la convicción de que su respuesta sirve para fortalecer, no para debilitar, el sistema que el Estado procura defender. El cumplimiento de la "función bienestarista" del Estado no lo despoja en absoluto de su naturaleza clasista.

No hay nada extraño en el hecho de que los socialistas procuren ampliar la función bienestarista del Estado: tal ampliación es un bien en sí misma, una victoria, conforme a la formulación de Marx, de la "economía política del trabajo" sobre la economía política del capital, una forma de elevar y aguzar las demandas y expectativas hacia el capital y el Estado, una manera de fortalecer y ampliar el sentido y el alcance de los derechos ciudadanos: en breve, parte intrínseca de la lucha de clases. Como también lo es la denuncia de la mezquindad, las inhibiciones burocráticas y las resistencias políticas con que el Estado acompaña su desempeño de la "función bienestarista", en marcado contraste con su conducta manirrota cuando se trata de los gastos en armamentos.

El nuevo revisionismo denuncia el "estatismo" y el "socialismo administrado estatalmente"; y hay mucha sustancia y razón en sus críticas al centralismo, la burocracia, el poder arriba y la pasividad abajo. Pero aun así es peligroso que los socialistas se nieguen a ver que el Estado en (desafortunadamente) de importancia decisiva para todo aquello que ellos mismos quieren conseguir. Stuart Hall obviamente tiene razón cuando rechaza "la idea de un Estado que se encarga de todo, que absorbe toda la vida social, todas las energías populares, todas las iniciativas democráticas, y que —así sea benévolamente— gobierna a la sociedad *en vez* del pueblo"¹⁰ Pero no gene menos razón cuando reconoce el papel que incumbe al Estado y habla de un "dilema" basado en una "realidad contradictoria" y que expresa la consigna "En y en contra del Estado"¹¹ Este punto es crucial para toda noción de avance socialista, pues es

9 Ibid., p. 26. Subrayado de Hall.

10 Ibid., p. 27.

11 Loc. cit. Marx, que aborrecía el Estado, sin embargo entendió su necesidad en aras de poder promover legislación social. En las "Instrucciones a los Delegados de la Primera Internacional al Congreso de Ginebra de 1866", insistió en que ciertos adelantos "sólo pueden lograrse si se convierte la

por medio de la acción estatal (aunque de ninguna manera tan sólo mediante la acción estatal) que los socialistas pueden esperar efectivamente el subyugar y disolver el poder capitalista: mediante un Estado grandemente transformado en su estructura y su personal, pero un Estado de todas maneras.

El nuevo revisionismo subestima o ignora en todo momento el hecho de que el tipo de cambio implícito en la noción de socialismo es una empresa muy ardua, no sólo porque la clase trabajadora tal vez no lo apoye, sino también porque la clase dominante se le opondrá, y se le opondría aun si la clase trabajadora llegara a apoyarlo fervientemente. La "clase dominante" no es una mera expresión: denota una concentración de poder muy real y temible, una asociación cercana entre el capital y el Estado capitalista, una fuerza combinada de poder de clase y poder estatal, armada con vastos recursos, y decidida a usarlos plenamente, de consuno con sus aliados extranjeros, para impedir un desafío efectivo a su poder. El nuevo revisionismo, a mi entender, no toma este poder con la debida seriedad: la mayor parte de los textos relevantes se ocupan muy poco de reconocer y analizar su naturaleza y significado, así como las implicaciones para una estrategia socialista que sea realista.

El poder dual

Se puede derrotar el poder de la clase dominante y de sus aliados; pero para ello se necesita un Estado eficaz. Decir esto no implica ser estatista, elitista, antidemocrático o machista ("el Estado es masculino"), ni ignorar los peligros que esconden estas etiquetas. Pero la manera de obviar estos peligros no consiste en devaluar y negar el papel del Estado, sino en procurar combinar el poder estatal con el poder de clase desde abajo, en un sistema de "poder dual" que haga jugar su papel a un conjunto de fuerzas populares —partidos, sindicatos, concejos obreros, gobierno local, grupos de mujeres, grupos de negros y activistas de toda índole— en un ejercicio democrático del poder y de autogobierno máximo en los procesos productivos y en toda otra faceta de la vida. Pero el Estado debe de tener un papel importante en todo el proceso. Stuart Hall concluye el artículo que he mencionado refiriéndose a "los sitios diferentes desde los cuales todos podemos ya iniciar la reconstrucción de la sociedad, de la cual el Estado es

razón social en fuerza social, y, en ciertas circunstancias, no hay otro método para lograrlo más que mediante leyes generales, sancionadas por el poder del Estado". K. Marx, Instructions for Delegates to the Geneva Congress, in The First International and After, Penguins Books, 1974, p. 89.

el guardián anacrónico"¹² Esto es demasiado simplista. El Estado hoy en día no es un "guardián anacrónico": está involucrado crucialmente, desde arriba, en la lucha de clases. Y no será tampoco un guardián anacrónico en cualquier futuro previsible. Deberá ser mucho más que un guardián, no sólo para convencer y subyugar la resistencia reaccionaria al avance socialista, sino también para cumplir muchas funciones diferentes, incluido el arbitraje entre las diversas y posiblemente conflictivas fuerzas subsumidas bajo la rúbrica "poder popular". Una consideración sobria nos asegura que el propio poder popular deberá ser regulado durante un largo tiempo luego de que se haya creado una sociedad poscapitalista; y será un (radicalmente transformado) Estado, auténticamente democrático, representativo y llamable a cuentas, el que funcione como tal institución reguladora. Es sobre tal Estado y sus diversos órganos locales y regionales que recaerá la tarea de proporcionar la protección *última* para los derechos políticos, civiles y sociales; y el Estado será el *último* recurso contra las manifestaciones de sexismo, racismo, discriminación y los abusos de poder que difícilmente serán algo desconocido incluso cuando el capitalismo haya sido trascendido.

EL PARTIDO LABORISTA Y EL AVANCE SOCIALISTA

Me aboco ahora a algunas cuestiones políticas más inmediatas. Uno de los temas más insistentes del nuevo revisionismo británico se refiere al declive del apoyo por el Partido Laborista en la clase trabajadora y el movimiento organizado, así como al apoyo popular que ha suscitado el "thatcherismo". Como señalé antes, fue en septiembre de 1978, antes del "invierno del descontento" y de la victoria conservadora en las elecciones de 1970, que Eric Hobsbawm se preguntaba si "la marcha adelante de los trabajadores" se había detenido, y de hecho se respondía afirmativamente. De igual manera, fue en enero de 1979 que Stuart Hall advirtió contra el avance de un "populismo autoritario", mismo al que describió como "una forma excepcional del Estado capitalista; a diferencia del fascismo clásico, conserva casi toda (aunque no toda) la institución representativa formal, y al mismo tiempo ha sido capaz de construir en torno suyo un consentimiento popular activo".¹³

12 Ibid., p. 29.

13 S. Hall, "The Great Moving Right Show", *Marxism Today*, enero de 1979, reproducido en M. Jacques y S. Hall, comps., *The Politics of Thatcherism*, Londres, 1983.

Desde entonces, esas premoniciones, esos temores, se han repetido y vuelto a repetir a raíz de las victorias electorales de los conservadores en 1979 y 1983, y de la incapacidad del Partido Laborista (y los sindicatos) para ofrecer una oposición eficaz al "thatcherismo". La declinación del apoyo electoral de la clase trabajadora al Partido Laborista, desde 1951, está ampliamente documentada y no puede cuestionarse. Pero la significación de esa declinación, sus causas, consecuencias y remedios, son asuntos cuyo tratamiento por el nuevo revisionismo debe decididamente cuestionarse.

El thatcherismo

Primero, sin embargo, ocupémonos del "thatcherismo", y su atractivo popular. El "thatcherismo" es una forma mucho más vigorosa de lucha de clases entablada desde arriba que las formas utilizadas por los conservadores a partir de la segunda guerra mundial, con un prejuicio antisindical mucho más fuerte y una determinación mucho mayor de reafirmar la autoridad de los empresarios, deprimir salarios, reducir el efecto de colchón protector de los beneficios bienestaristas, "remercantilizar" la salud, la educación, el transporte y otros servicios colectivos y bienestaristas, fortalecer la autoridad y el poder del Estado (pese a todas sus declaraciones "libertarias") y legitimar sus medidas y programas mediante una frenética apelación al nacionalismo (a pesar de que Gran Bretaña sigue subordinada a los Estados Unidos), amén, claro, de su anticomunismo. Se trata de un programa bastante terrible, y la señora Thatcher es una política lo suficientemente ambiciosa, decidida y desdeñosa como para llevarlo, si se le permite, mucho más lejos de lo que lo ha llevado hasta la fecha. De hecho, una cosa que es realmente nueva del "thatcherismo" es que Margaret Thatcher es el primer Primer Ministro Británico que transmite la muy fuerte impresión de que podría, en circunstancias apropiadas, desempeñar cómodamente el papel de un Pinochet, o por lo menos de una Indira Gandhi en los días infames de la Emergencia, y desde luego en nombre de la democracia, la libertad, la ley y el orden, la lucha contra la subversión y la defensa de la Constitución.

Es por ello que es tan importante juzgar con precisión el atractivo popular del "thatcherismo". También en este caso Stuart Hall ha sido el más articulado y elocuente de los muchos postulantes de la opinión de que ese atractivo es a la vez amplio y profundo en la clase trabajadora y el movimiento obrero: "La señora Thatcher claramente es dueña del don de traducir esta visión [de una sociedad de mercado libre] a

las expresiones familiares de la vida cotidiana en medida mayor que su mentor [Sir Keith Joseph]. Tiene el toque populista [...] su honda penetración en el corazón mismo del movimiento obrero está a la vista [...] Paradójicamente, Thatcher sí eleva una pulgada o dos los corazones y las mentes, pues aun si es vil, corrupta y monstruosa su visión del futuro, por lo menos sabemos en qué consiste"¹⁴ Y más recientemente: "La nueva derecha combina elementos viejos y nuevos. Se apoya en el viejo léxico del torysmo orgánico y patriótico, pero combina esto con una especie virulenta de economía neo-liberal y una agresiva religión del mercado. Es esta novedosa combinación la que ha establecido una especie de cabeza de puente popular en la comunidad".¹⁵

Mucho de lo que ha escrito la izquierda en años recientes ha sido de naturaleza muy similar, y sugiere enfáticamente que el "thatcherismo" se ha ganado los corazones y las mentes de una parte muy grande de la clase trabajadora y del movimiento obrero; en otras palabras, que en Gran Bretaña ha ocurrido un vasto y catastrófico corrimiento político e ideológico hacia el conservadurismo thatcherista.¹⁶ No existen buenas pruebas de ello. Es pertinente —aunque no sea un gran consuelo— señalar que el Partido Conservador siempre ha contado con una medida muy sustancial de apoyo obrero en las elecciones. En lo que a esto respecta, a los conservadores lea fue mucho mejor bajo Baldwin en 1931 y 1935, cuando obtuvieron más de 50% del voto, que bajo Thatcher en 1979 y 1983. De hecho, también, les fue mejor en las elecciones de los años cincuenta, y en 1970 bajo Edward Heath. En 1979 y 1983, los conservadores obtuvieron apenas un poco más del 40% de los votos emitidos; y sólo consiguieron atraer a poco más del 30% del electorado. Además, un porcentaje un poco menor del electorado optó por los conservadores en 1983, con relación a 1979.

Éstas no son cifras que indiquen ningún gran crecimiento ideológico y político hacia el "thatcherismo". Tampoco indican tal cosa los sondeos de opinión¹⁷ Esto no es un

14 S. Hall, "Whistling in the Void", *New Socialist*, mayo-junio de 1981, pp. 11, 12.

15 S. Hall, "Faith, Hope or Clarity", *Marxism Today*, enero de 1985, p. 16.

16 Así, Beatrix Campbell escribe en *Wigan Pier Revisited* que "las movilizaciones de decencia y patriotismo de Orwell son una intervención importante en la cultura socialista. Pero para Orwell el sentido común es algo unificado y sencillo, y son precisamente las virtudes que afirma las que siempre ha secuestrado la derecha, *nunca más efectivamente que en los años ochenta, con la bronca renovación operada por el thatcherismo*", op. cit., p. 218. Subrayados míos.

17 Así, James Curran señala, en oposición al argumento de Stuart Hall de que el "thatcherismo" ha socavado "el caso popular en pro del socialismo bienestarista" y "desalojado a las políticas reformistas", que un estudio reciente, *British Social Attitudes: the 1984 Report*, muestra que la inmensa mayoría de la gente se opone a una política de gastos reducidos en los rubros de salud y educación (85%), se opone al desarrollo de un servicio de salud en dos categorías (64%) y está a favor de una política económica dirigista y reformista: creación de empleos por el gobierno, proyectos de construcción (89%), control de importaciones (72%), control de precios (70%) y un programa cuya prioridad sea combatir el desemp'eo y la no inflación (69%) [...] El discurso thatcherista de incentivos no ha disminuido la opinión de la gran

argumento en favor de la complacencia; sirva tan sólo para señalar que lo que confronta la izquierda no es un impulso hacia el conservadurismo y la reacción, sino una enajenación muy marcada de los trabajadores respecto del Partido Laborista, lo cual es una cuestión muy distinta. Esto lo confirma claramente el hecho de que la mayor parte de las deserciones del Partido Laborista en las elecciones generales de 1983 aprobaron en beneficio de la alianza SDP/Liberal, y no de los conservadores; los exvotantes laboristas que optaron por la Alianza estaban obviamente expresando una preferencia por partidos en oposición declarada al "thatcherismo".

Respuestas populares

Vienen al caso algunas otras observaciones sobre las actitudes populares en años recientes. La primera: ocho millones y medio de electores, la mayoría de clase obrera, votaron por el Partido Laborista en 1983; si tomamos en cuenta la condición del laborismo en ese momento y el tipo de campaña electoral que llevó a cabo, se trata de un hecho verdaderamente notable, mucho más notable que las deserciones que ocurrieron, y es testimonio de un apoyo popular de fuerza y resistencia extraordinarias.

En segundo lugar, hay que mencionar el aumento de la membresía sindical, que con justeza destacan los autores de *Class Politics* : "De 1969 a 1979, la membresía sindical creció de 10.5 millones a casi 13.5 millones, luego de mantenerse estancada en los veinte años previos [...] sean cuales sean los resultados de las encuestas de opinión, la popularidad de los sindicatos, medida según la membresía, reveló un crecimiento sin precedentes en los años setenta en diversas secciones de la población".¹⁸ También señalan que desde entonces ha habido una cierta declinación, como consecuencia del gran incremento del desempleo. La membresía sindical no significa un compromiso político con la izquierda; pero aún menos sugiere una adhesión al "thatcherismo". Después de todo, uno de los puntos principales de su dogma es su hostilidad al sindicalismo.

En tercer lugar, es necesario, al juzgar el atractivo del "thatcherismo", que se insista en que, en términos económicos, ha sido un fracaso pavoroso. Fuera de un grupo por cierto grande de aduladores, nadie cree realmente que Thatcher, pese a su pretensión y arrogancia, haya hecho nada para remediar los males económicos de la Gran Bretaña, o mayoría (72%) de que la distancia entre los ingresos altos y bajos es demasiado grande". "Rationale for the Right", *Marxism Today*, febrero de 1985, p. 40.

¹⁸ *Class Politics*, cit., p. 5

que su gobierno propone algo serio que pueda remediarlos. Lo único que ha mantenido a flote al gobierno es el petróleo del Mar del Norte; sin él, estaría en desesperados aprietos. Casi toda la gente sabe que la Gran Bretaña se encuentra en un atolladero terrible; y mucha gente de la clase trabajadora —mucha más de la que cree el nuevo revisionismo— sabe que lo único que ha logrado el "thatcherismo" en estos seis largos años es empeorar las cosas.

¿Qué hay, pues, del declive del apoyo al Partido Laborista? Era de esperarse que gente interesada en la renovación socialista llevara a cabo un estudio penetrante de las razones de tal declive; en realidad, lo que el nuevo revisionismo ha dicho sobre sus causas —y sus remedios— no es muy esclarecedor.

El declive del Partido Laborista ha tenido lugar bajo los auspicios de un liderazgo casi exclusivamente compuesto de gente que pertenece a la derecha y el centro del partido, y que como es natural realizaron políticas, en el país y en el exterior, congruentes con su disposición ideológica y política. Por ello, no parece del todo irrazonable sugerir que tales políticas pueden haber tenido algo que ver con el creciente alejamiento popular del Partido Laborista. El argumento, desde luego, no es que la clase trabajadora clamaba por más socialismo y se apartó del laborismo cuando sus líderes no suministraron el dicho socialismo. El argumento es más bien que las políticas que implementaron tales líderes dieron pie a menos y menos razones para votar por el Partido Laborista. Lo increíble, digámoslo de nuevo, es que tantos trabajadores se hayan mantenido fieles al laborismo. Sin embargo, la responsabilidad por el declive y el fracaso no se puede achacar tan sólo a individuos como Wilson y Callaghan, aun si su responsabilidad es mucha; más bien debe atribuirse a toda una orientación política, es decir, la socialdemocracia y su voluntad de administrar el orden social capitalista sin nunca intentar llevar a la práctica una transformación radical de ninguno de sus rasgos básicos.

Sería erróneo sugerir que este triste desempeño no ha sido objeto de crítica, y crítica severa, en los textos del nuevo revisionismo. Por el contrario, hay muchas referencias en esos textos a la diversidad de fracasos y abandonos del laborismo en el curso de los años; aunque no son tan específicas como debieran en cuanto a la responsabilidad por la declinación del apoyo al laborismo que debe achacarse a la teoría y práctica de la socialdemocracia. Más interesantes, empero, e instructivas sobre las tendencias del nuevo revisionismo, son las posiciones que éste adopta respecto a las luchas de la izquierda "tradicional", tanto dentro como fuera del Partido Laborista.

Tales luchas son desde luego tan antiguas como el propio Partido Laborista: lo que les

dio una intensidad excepcional en los años posteriores a 1979 fue precisamente la sombría experiencia de los periodos de Wilson y Callaghan, la determinación de la izquierda laborista de empujar al partido hacia posiciones más radicales, y la incapacidad del liderazgo laborista para someter y suprimir a sus críticos. No cabe la menor duda de que, hace veinticinco años, los nuevos revisionistas de hoy con edad suficiente para involucrarse en política estuvieron del lado de la izquierda laborista, separados de ella tan sólo por la creencia (muy legítima) de que la izquierda laborista de entonces no se ubicaba muy a la izquierda. Lo mismo no puede decirse de su posición respecto de las luchas actuales en el Partido Laborista. Lo que uno observa es más bien un marcado distanciamiento tanto respecto de la izquierda laborista como de la izquierda ubicada más allá de tales posiciones, e incluso una buena dosis de impaciencia y hostilidad. La creencia actual es que la izquierda "tradicional", y ante todo los marxistas que forman parte de ella, son anacrónicos, "fundamentalistas", incapaces de encarar la dura realidad, autoritarios, estatistas y desde luego sexistas; y muchos de los textos del nuevo revisionismo parecen sugerir o implicar que tales deformaciones son de tan honda implantación que son virtualmente irremediables.

Eric Hobsbawm ocupa su propio sitio particular en el espectro del pensamiento revisionista, dentro del cual probablemente es considerado a su vez por muchos como un representante eminente de la izquierda "tradicional". En todo caso, no ha ocultado su impaciencia con aquella gente —los partidarios de Benn y otros— que hicieron campaña por una política de izquierda en el Partido Laborista luego de 1979. En octubre de 1983 argumentaba que, para mucha gente de izquierda, antes de las elecciones generales de ese año, "un gobierno Thatcher era preferible a un gobierno laborista reformista", y por ello pensaban que elección era una derrota de todas formas, de modo que no importaba mucho si los potenciales votantes laboristas se sintieran perplejos y desmoralizados por el espectáculo de los líderes y activistas del partido que se hacían trizas en público desde hacía años a propósito de cuestiones de difícil comprensión".¹⁹

En un número subsiguiente de *Marxism Today*, Eric Heffer rechazó vigorosamente la aseveración de que mucha gente de izquierda prefería un gobierno Thatcher a un gobierno reformista de los laboristas; y creo que tenía la razón.²⁰ Más importante, sin embargo, es el impaciente desinterés de Hobsbawm respecto a los conflictos del Partido Laborista, mismos que considera no sólo dañinos sino, por lo que parece, virtualmente

19 E. Hobsbawm, "Labour's Lost Millions", *Marxism Today*, octubre de 1983, p. 8.

20 E. Helfer, "Labour's Lost Millions II", *Marxism Today*, diciembre de 1983.

sin sentido. En consecuencia, en marzo de 1984 afirmaba que por ningún motivo debía producirse "un reinicio, *por cualquiera de las partes*, de la suicida guerra civil en el Partido Laborista".²¹

La izquierda y la "unidad"

No cabe duda de que se deben evitar las "suicidas guerras civiles", pero esa invocación equivale en rigor a insistir en la necesidad de "unidad". Sin embargo, esto es ignorar el hecho de que la unidad siempre se fragua conforme a los términos de los líderes, y que sin fuertes presiones y luchas, los líderes laboristas no habrán de avanzar mucho en una dirección radical, incluso cuando están en la oposición, para no decir nada de cuando están en el gobierno. No es una exageración decir que esto se aplica tanto a Neil Kinnock, Roy Hattersley y sus colegas como a sus predecesores. Hobsbawm dice que "ciertamente el futuro descansa en un Partido Laborista que se desplace a la izquierda"²² Más aún, se compromete con la afirmación tajante de que "nos guste o no, el futuro del socialismo se dará a través del Partido Laborista"²³ Sin embargo, hay que decir que, si esto ha de significar algo en realidad, se necesitará mucha más presión de la izquierda que la que Hobsbawm está dispuesto a aceptar. Aquí hay una contradicción irresuelta; de todas maneras, el peso del argumento se dirige innegablemente hacia lo que él llama "radicalismo miope y sectario".²⁴

Desgraciadamente, la alternativa propuesta queda muy alejada de cualquier tipo de radicalismo. Hobsbawm dice que "el Partido Laborista debe, por supuesto, recuperar el apoyo de la clase obrera en su conjunto", pero también debe "convertirse, una vez más, en el partido de *todos los* que quieren democracia, una sociedad mejor y más justa, independientemente de la etiqueta de clase que les atribuyen los encuestadores e investigadores de mercado: en suma, para usar la vieja consigna laborista, 'todos los trabajadores manuales y mentales'; y esto no sólo incluye a la vasta mayoría de ciudadanos británicos asalariados".²⁵ Sin embargo, el Partido Laborista nunca ha gozado

21 E. Hobsbawm, "Labour: Rump or Rebirth?", *Marxism Today*, marzo de 1984, p. 12. Subrayado de Hobsbawm.

22 *Ibid.*, p. 8.

23 *Loc. cit.*

24 *Ibid.*, p. 11.

25 "Labour's Lost Millions", *cit.*, p. 9. También dice: "No hay nada oportunista en la creencia de que la carrera armamentista nuclear es un camino al desastre, y cuando lo dice, el laborismo está ya solicitando un apoyo más allá de las distinciones de clase. No es oportunista creer que podemos y debemos atraer a *todas las mujeres y todos los jóvenes* [...]".

del apoyo de la clase obrera "en su conjunto". Y tampoco ha sido nunca el partido de "todos los trabajadores manuales y mentales". Si lo hubiera sido, sus resultados electorales hubieran sido muy distintos. Pese a ello, Hobsbawm quiere que el Partido Laborista vaya allende esa "vasta mayoría de ciudadanos británicos asalariados" y atraiga (presumiblemente) a amplios sectores de la sólida burguesía.

El problema con este tipo de atractivo es que siempre conlleva un agudo atenuamiento de los compromisos radicales, como también un antagonismo no menos fuerte hacia la izquierda, la cual naturalmente se opone a ese atenuamiento. En su famosa alusión a la posibilidad de que tal vez debería considerarse un acuerdo electoral con la Alianza SDP/Liberal en las próximas elecciones, Hobsbawm dice que "debe encontrarse una *forma de unir* a la mayoría de la gente que se opone al torismo".²⁶ Pero el tipo de política al que apunta este argumento es el menos capacitado para lograr tal objetivo. En efecto, exige una búsqueda constante de "fórmulas" capaces de acercar a gente que se encuentra dividida a propósito de cuestiones fundamentales; es una receta perfecta para actuar blandengue e indecisamente en la oposición, y para fracasar, por ineficacia, en el gobierno. Lo mismo debe decirse de la idea propuesta por Martin Jacques y Stuart Hall en su introducción a la compilación *Politics of Thatcherism*: que lo que necesita del movimiento obrero es "la construcción del más amplio conjunto de alianzas contra el thatcherism, lo cual implica, en primera instancia, posiblemente *objetivos bastante modestos*"²⁷ Si bien algo pudiera decirse en favor del "más amplio conjunto de alianzas", nada semejante puede decirse de los "objetivos bastante modestos" que aquí se proponen. Ciertamente nada podría incapacitar y desarmar más al movimiento obrero que esto, y anular, precisamente, su habilidad para ser la fuerza organizadora de un conjunto de alianzas que abarcara a esa "vasta mayoría de ciudadanos británicos asalariados". Sólo un programa radical, nada modesto en sus objetivos, en el que se crea firmemente y que defiendan inequívocamente sus impulsores, puede ser el cemento de una alianza tal, y tal vez obtener el apoyo de los segmentos burgueses que Hobsbawm quiere atraer.

Eric Hobsbawm ha sido durante cincuenta años un hombre resuelto y firme en la izquierda. No sólo es uno de sus intelectuales más dotados y distinguidos, sino también un hombre de gran honestidad, cuyas réplicas a las controversias que ha generado han sido modelo de sobriedad y moderación. Lo que se encuentra detrás de

26 Ibid. Subrayado por Hobsbawm.

27 *The Politics of Thatcherism.*, cit., p. 16. Subrayados míos.

su argumento es un conjunto de temores perfectamente honorables. En un artículo publicado en enero de 1983, Hobsbawm decía: "Es patente el peligro de una derecha populista y radical que se desplace aún más a la derecha. El peligro es particularmente grande porque hoy día la izquierda está dividida y desmoralizada, y sobre todo porque vastas masas británicas, o en todo caso inglesas, han perdido toda esperanza y confianza en los procesos políticos y en los políticos: cualquier político"²⁸ El peligro es ciertamente real. Pero la manera como Hobsbawm se propone enfrentarlo me parece a mí más susceptible de agravarlo.

El espectro antizquierda

Otros, en el espectro de pensamiento que estoy discutiendo, ocupan posiciones un tanto distintas. Pero su hostilidad a los empeños de izquierda es también muy notable. Raphael Samuel, por ejemplo, en vísperas de la Conferencia Anual del Partido Laborista de 1984, publicó un artículo intitulado "Benn Past and Benn Present" que contiene pasajes como éstos: "En el mundo imaginativo del señor Benn [...] la Conferencia anual cobra el carácter de un ser viviente y consciente, un sujeto colectivo dotado de mente y personalidad propias. [...] A la angustiada pregunta de los partidarios del laborismo: `¿Qué fue lo que falló?', el bennismo replica con una respuesta deslumbrantemente simple: `Las decisiones de la Conferencia nunca se cumplieron'. [...] Los hipócritas tributos a las bases, como también, dado el caso, a los sindicatos, son de aquellos que constituyen el privilegio, y el deber, del que se mantiene aparte [...] *es difícil no recordar el clásico tono de condescendencia con que los patricios suelen desde siempre proclamar su amor por la plebe*".* Y también: "La tragedia del señor Benn es que desposó la causa del socialismo en el momento mismo en que, según podemos apreciar ahora, en Gran Bretaña y en el resto de Europa (del este y del oeste) dejaba de ser una fe obrera. El rechazo a reconocer este nuevo fenómeno debe de ser el origen de la tirantez de su retórica".²⁹ Al leer el artículo de Raphael Samuel, es difícil tener presente que ningún laborista que haya sido miembro del gabinete (sin excluir a Nye Bevan) ha sido tan explícito, específico y cabal como Benn en su denuncia de la estructura británica de poder económico, social y político. Esto no significa que no merezca críticas. Pero

28 E. Hobsbawm, "Falklands Fallout", *Marxism Today*, enero de 1983, p. 19

* El político Tony Benn, caudillo del ala izquierda del laborismo, es de origen aristocrático. Para enfatizar su oposición a su clase, renunció a su título de nobleza y modificó su apellido, que solía ser Wedgwood-Benn. [T.]

29 R. Samuel, "Benn Past and Benn Present", *New Statesman*, 28 de septiembre de 1984. Subrayados míos.

denigrar no es criticar, y más vale dejarlo en manos de los enemigos del socialismo.

Por su parte, Stuart Hall escribía en la primavera de 1983, luego de que los mineros votaron contra ir a la huelga, que "imaginar que la gente sacrificará sus medios de vida siguiendo las aseveraciones no probadas de sus Líderes significa malinterpretar la relación entre líderes y tropa y mal entender la racionalidad de la acción de clase [...] A los mineros se les ofrecieron tres razones para votar a favor de la huelga: en memoria de los que habían construido el sindicato; por el bien de sus familias; y 'como hombres', que tienen el deber de ponerse en pie y pelear. Encendidos sentimientos. Y sin embargo, en su trayectoria hacia atrás, en sus suposiciones familistas y masculinistas, esas palabras tienen un retintín arcaico a mis oídos. La causa es correcta. El lenguaje es un lenguaje moribundo".³⁰ Menos de un año después de que escribió lo anterior, los mineros fueron a la huelga, y la mantuvieron durante un año, y Stuart Hall pudo decir que "indudablemente la huelga de los mineros ha generado una enorme energía y confianza en la izquierda".³¹

Por su parte, Beatrix Campbell, en el libro que ya he citado, interpretó el rechazo de los mineros a embarcarse en la acción industrial en 1982 como una confirmación de "la sospecha de que se han acabado los viejos modos de entablar la guerra de clases".³² No era una sospecha que compartieran los propios mineros, ni por cierto el gobierno Thatcher.

A fines de 1984, Beatrix Campbell estaba también muy enojada con Tariq Ali por haberse atrevido a sugerir, en un libro que a ella le pareció "aburrido" (su libro de entrevistas con Ken Livingstone, *Who's Afraid of Margaret Thatcher?*), que "un proyecto socialista serio en la Gran Bretaña requiere la fusión del alcance teórico de una amplia capa de marxistas [...] con la destreza, la pericia y el valor de líderes capaces de comunicar con millones de seres como Benn. Scargill y Livingstone".³³ El comentario de Campbell es el siguiente: "Los Tres Mosqueteros. Esto equivale al cursi elitismo de

30 "Whistling in the Void", cit., p. 12.

31 "Faith, Hope or Qarity", cit., p. 18.

32 *The Road to Wigan Pier*, cit., p. 114. Sus comentarios sobre la huelga de los mineros sugieren que Campbell la veía como una lucha entre "la derecha dura" y la "izquierda dura", y es a ésta a la que reserva sus comentarios más vitriólicos. Sin embargo, nada de lo que decía —aseguraba a sus lectores— era "un argumento contra la *lucha*, es simplemente un argumento contra la amnesia y la trotshabla". [*Trotspeak*, como en el *Newspeak* de Orwell; el prefijo *trots* deriva de trotskismo. T.l (B. Campbell, "Politics Old and New", *New Statesman*, 8 de marzo de 1985, p. 24). También informa, con obvia aprobación, de mujeres que apoyaban la huelga y se sentían enajenadas respecto de "los hombres, que se comportaban como hombres, coléricos, brutales, inútiles. *Un bando es tan malo como el otro*" (ibid.). Sus propios ataques a la izquierda, en todo caso, demuestran que la brutalidad verbal no es un monopolio masculino. Subrayados míos.

33 B. Campbell, "Politics, Pyramids, and People", *Marxism Today*, diciembre de 1984, p. 25. Véase T. Ali y K. Livingstone, *Who's Afraid of Margaret Thatcher?*, Verso, Londres, 1984.

extrema izquierda, disfrazado como un nuevo tipo de intervención popular en la política [...] El precepto de Tariq es en realidad la rehabilitación de una vieja fórmula de organización política [...] Desde luego es una pirámide; las vanguardias siempre lo son, y en la cima hay muy, muy poca gente". No ha de sorprender que Tariq Ali describiera esto (y muchas otras cosas en la misma vena) como una caricatura demagógica del argumento que él proponía: "El ataque contra el elitismo fundamentalista es demagógico, porque incluso el más radical de los libertarios tiene que procurar ser más ilustrado, activo y organizado que la masa de ciudadanos. La única manera de evitar esta acusación sería hundirse en una completa pasividad y agnosticismo".³⁴

En su artículo, Beatrix Campbell también dice que "esta noción de vanguardia va [...] justamente contra lo que era interesante del GLC,* a saber, que suministraba recursos a facciones pobres de política popular que ya estaban involucradas en cambiar las condiciones materiales en que vivía la gente".³⁵ Típicamente, lo que aquí se omite es que fue una *organización*, en la que había *líderes*, quienes de buen o mal grado constituyeron una "*vanguardia*", la que fue capaz de suministrar recursos a la gente mencionada. Es importante que entendamos la base de la que surge este tipo de pensamiento. Surge de un conjunto de identificaciones negativas: la política de clase se identifica con una disolución "reduccionista" de la diversidad, con un "economicismo" estrecho y frecuentemente con un chovinismo masculino. La organización se identifica con la burocracia, el liderazgo con el elitismo, los compromisos fundamentales con una miopía "fundamentalista". En otras palabras, vicios y deformaciones reales, que son parte del asunto, se tratan como si fueran el todo, y como virtualmente inerradicables. Esto es profundamente destructivo. En muchos casos, estas identificaciones negativas han llevado a un rechazo completo de la práctica política socialista. En el caso del nuevo revisionismo, ha llevado a otras cosas: como un estrecho localismo de base, emparentado con lo que Raymond Williams ha llamado el "particularismo militante", sumamente lleno de sospechas respecto de todo lo que está más allá de él. Esto es el reverso del sesgo centralista que con frecuencia ha afligido a la izquierda. Pero el localismo es también una deformación; más atractiva que el centralismo, pero incapaz de presentar un desafío efectivo a un sistema de poder sumamente concentrado. En años recientes ha habido notables iniciativas y avances en los niveles municipal y comunitario; y por supuesto que hay que celebrarlos y apoyarlos. Pero el "socialismo en

34 T. Ali, "Politics and Pyramids", *Marxism Today*, enero de 1985, p. 40

* GLC: Greater London Council. Ayuntamiento del Gran Londres. [T.]

35 Campbell, art. cit., p. 25

una sola localidad" no sustituye a la práctica política nacional en la que están obligados a intervenir los socialistas.

LA DIMENSIÓN INTERNACIONAL

Toda esta discusión es muy provinciana y estrecha, pero es un hecho que los escritos de que me he ocupado no hacen virtualmente ninguna referencia a la cuestión de la Gran Bretaña en el mundo. Aquí hay una vasta zona de casi total silencio. Esto es tanto más notable cuanto que dicha cuestión tiene una relación de lo más directa con muchos de los temas políticos que preocupan a la gente ubicada en el espectro de pensamiento que estamos considerando.

Puede suponerse que toda esta gente desea ver algunas reorientaciones fundamentales de la política británica exterior y de defensa, lo que incluye el desarme nuclear unilateral británico y cerrar las bases nucleares estadounidenses en nuestro territorio. También podemos suponer que desean que termine el apoyo británico a la empresa antirrevolucionaria global en que los Estados Unidos se han embarcado desde 1945, en nombre del anticomunismo; y ciertamente se oponen a la intervención estadounidense en Centroamérica. Muchos —quizá la mayoría— también están a favor del retiro británico de la OTAN.

Por lo que toca a las actitudes hacia la Unión Soviética, la mayoría de esta gente sin duda tiene un punto de vista agudamente crítico de muchas medidas políticas soviéticas en su territorio y en el extranjero, y tiene la fuerte convicción —en base a muchas razones— de que la Unión Soviética y otros países de tipo soviético están muy alejados de algo que pudiera llamarse una sociedad socialista. Hay críticos del nuevo revisionismo a los que esto les parece totalmente aborrecible, una desviación intolerable de lo que consideran que es el camino de la rectitud socialista. Por otra parte, otros críticos del nuevo revisionismo, incluido el presente, no comparten esta opinión, si bien dan gracias —como lo señalé al principio de este artículo— de que en la izquierda británica no haya habido ese virulento anticomunismo, *más* el apoyo a la política de defensa y exterior estadounidense, que ha sido tan notable en los exmaoístas, exestalinistas y otros exizquierdistas de Francia y otros países.

Con todo, las posiciones y los compromisos que tiene el nuevo revisionismo respecto a la política, exterior y de defensa suponen implicaciones que nunca ha confrontado seriamente; de hecho, nunca las ha confrontado en absoluto. Hay que mencionar dos de

esas implicaciones. En primer lugar está el hecho de que los líderes laboristas también tienen sus compromisos y posiciones. Se oponen a ciertos aspectos del intervencionismo estadounidense, como por ejemplo en Nicaragua; y formalmente están en contra —pero ¿qué tan firmemente?— de las bases nucleares en Gran Bretaña, los proyectiles Cruise y Pershing, los Polaris, los Trident y la Guerra de las Galaxias. Pero también están muy firmemente comprometidos —de esto no hay duda— con la alianza con Estados Unidos y la pertenencia a la OTAN. Esta combinación es una receta perfecta para la incoherencia y la vacilación, como bien quedó demostrado en la campaña electoral de 1983. El problema no se ha resuelto. Pero si ha de resolverse en dirección a la izquierda —que es lo que se debe suponer que desea el nuevo revisionismo— tendrá que bregar y presionar mucho, y de buena parte de ello deberá encargarse la izquierda "tradicional", tanto dentro del Partido Laborista como fuera de él. En este aspecto, como en tantos otros, el nuevo revisionismo debería considerar a la izquierda "tradicional" como indispensable para sus propios propósitos, y no como una fuerza ajena y sospechosa; y también aquí —aunque sea impopular decirlo— nada se moverá realmente hasta que lo decida la clase obrera organizada. Esto no significa devaluar la labor de los pacifistas: sólo quiere decir que para que haya un movimiento verdadero se requiere de la clase obrera organizada.

El segundo punto está muy relacionado con el primero. Toda reorientación significativa de la política exterior y de defensa —y el desarme unilateral ciertamente lo es— muy definitivamente sería considerada "revolucionaria" por un vasto conjunto de fuerzas conservadoras tanto en este país como en el extranjero. En rigor, todo intento serio de un hipotético gobierno laborista por llevar a cabo medidas como el cierre de las bases nucleares yanquis y la renuncia al arsenal nuclear británico provocaría una oposición frenética en muchos sectores de Gran Bretaña, en los Estados Unidos y en otros países miembros de la OTAN.

Esto subraya las mismas consideraciones que antes hicimos respecto a las medidas socialistas diseñadas para erosionar y disolver las estructuras de poder existentes. La oposición que suscitaría la reorientación radical, por parte de un gobierno de izquierda, de la política exterior y de defensa actual sólo podría enfrentarse mediante una vasta movilización de muchas fuerzas extraídas de muchas fuentes: en el núcleo tendría que estar la fuerza obrera organizada, obreros y obreras, trabajadores blancos y trabajadores negros, trabajadores jóvenes y trabajadores viejos. Y esta movilización también requeriría la combinación del poder del Estado con el poder de clase, la organización y

el liderazgo con la iniciativa local y la espontaneidad de las bases. En otras palabras, la lucha, tanto por el socialismo como por la paz, requiere un sistema de alianzas populares: y sólo la clase obrera organizada puede formar la base de ese sistema.

Una de las consignas que más se escuchan en la izquierda hoy en día es "Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad". Siempre se le atribuye a Gramsci, pero él en realidad la tomó de Romain Rolland, quien pertenecía a una tradición política muy distinta. La izquierda la adopta de buena gana para consagrar la única sabiduría apropiada para la época presente; pero en realidad es una pésima consigna para socialistas. Nos dice que la razón dicta la convicción de que nada ha de culminar como debiera, que la derrota es mucho más probable que el éxito, que la esperanza de crear un orden social libre de explotación y dominación es probablemente ilusoria; pero que de todas maneras hemos de empeñarnos a pesar de todos los pesares, con un ánimo resuelto y desesperanzado. Es una consigna "noble", plena de *pathos* romántico, pero desprovista hasta del mérito de lo plausible; pues difícilmente puede haber mucho empeño si la inteligencia nos dice que la empresa es vana, sin esperanza, perdida. Y sin embargo es en este ánimo que se encarna mucho del pensamiento del nuevo revisionismo.

Hace veinticinco años, cuando esta revista [*New Left Review*] se creó, entre quienes la crearon no había quien pensara que se hallaban en una escalera mecánica de la historia que los llevaría inevitablemente a la tierra prometida de un socialismo fácil de realizar. Pero tampoco había la sensación de que la empresa socialista, el proyecto de crear una sociedad cooperativa, democrática e igualitaria, era ilusoria. Pese a todos los rudos golpes que la causa socialista ha recibido en los últimos veinticinco años, no hay ninguna buena razón para creer tal cosa.

[Tomado de *New Left Review* n. 150, Londres, 1985. Traducción de Héctor Manjarrez]